

4º domingo de Adviento (B)

En este cuarto domingo de Adviento, la Iglesia, las comunidades cristianas y cada uno de los cristianos en particular son invitados a reavivar, en el recogimiento, la contemplación y la acción de gracias, la conciencia de «lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo» (Ef 3.18) del misterio del nacimiento del Señor. Un «misterio» que el Dios eterno había «mantenido en secreto durante siglos eternos», un proyecto que abrigaba en su corazón. Nadie hubiera podido nunca averiguarlo, ni siquiera sospecharlo, a pesar de las promesas reiteradas sin cesar por los profetas, que mantenían viva en los hombres la esperanza de la salvación.

Se recordaba especialmente el oráculo que el profeta había dirigido a David, y cuya tradición forjó una imagen prestigiosa del mesías esperado. Al rey que, movido por su piedad, quería construirle un templo, el Señor le prometió una casa y un reino que «durarán por siempre». De manera inmediata se trataba de la seguridad de largos años de prosperidad y de paz para el pueblo. Pero la solemnidad de este anuncio de una intervención personal de Dios hacía presentir una iniciativa divina de un orden totalmente distinto, que concernía a la salvación. Pero ese seguía siendo el «secreto» de Dios.

Finalmente lo reveló cuando se cumplió el tiempo que sabiamente había fijado. A la luz de la venida del Señor se desvela la plenitud de sentido y el alcance de este oráculo y de todos los demás. Al mismo tiempo estos ayudan a comprender que «para Dios nada hay imposible», que su gracia supera infinitamente todas nuestras esperanzas, y que su omnipotencia se manifiesta en la fidelidad.

No es a un rey a quien Dios elige para realizar su maravilloso designio oculto desde todos los siglos, sino a una humilde joven, una virgen de la desconocida aldea de Nazaret. Y le envía, no un profeta, sino su ángel, para transmitirle el mensaje más extraordinario: «Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre». Y María se limita a contestar: «Aquí está la esclava del Señor».

El mayor de los misterios se realiza con la mayor sencillez. «A Dios, único sabio, por Jesucristo, la gloria por los siglos de los siglos!».

PRIMERA LECTURA

David quería construir una casa de piedra que fuera morada de la presencia del Señor. Pero Dios tenía otro proyecto, muy superior, para la «casa» del rey: le «dará una dinastía» y su trono «permanecerá por siempre». Esta promesa de un hijo de David fuera de lo común, dócil a Dios, que será «para él padre», reaviva y mantiene la esperanza de un mesías salvador. Los ángeles anunciarán la Buena Noticia de su nacimiento a los pastores de Belén.

El reino de David durará por siempre en la presencia del Señor.

Lectura del segundo libro de Samuel 7,1-5. 8b-12. 14a.16

Cuando el rey David se estableció en su palacio, y el Señor le dio la paz con todos los enemigos que le rodeaban, el rey dijo al profeta Natán:

- «Mira, yo estoy viviendo en casa de cedro, mientras el arca del Señor vive en una tienda.»

Natán respondió al rey:

«Ve y haz cuanto piensas, pues el Señor está contigo.»

Pero aquella noche recibió Natán la siguiente palabra del Señor:

«Ve y dile a mi siervo David: "Así dice el Señor: ¿Eres tú quien me va a construir una casa para que habite en ella?

Yo te saqué de los apriscos, de andar tras las ovejas, para que fueras jefe de mi pueblo Israel. Yo estaré contigo en todas tus empresas, acabaré con tus enemigos, te haré famoso como a los más famosos de la tierra. Daré un puesto a Israel, mi pueblo: lo plantaré para que viva en él sin sobresaltos, y en adelante no permitiré que los malvados lo aflijan como antes, cuando nombré jueces para gobernar a mi pueblo Israel.

Te pondré en paz con todos tus enemigos, te haré grande y te daré una dinastía. Y, cuando tus días se hayan cumplido y te acuestes con tus padres, afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y consolidaré el trono de su realeza. Yo seré para él padre, y él será para mí hijo. Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia; tu trono permanecerá por siempre."»

Palabra de Dios.

SALMO

Al repetir las palabras de la promesa hecha a David, la Iglesia proclama safe en Jesús, Hijo del eterno Padre.

Salmo 88, 2-3. 4-5. 27 y 29 (cf. 2a)

R

Cantaré eternamente tus misericordias, Señor.

Cantaré eternamente las misericordias del Señor,
anunciaré tu fidelidad por todas las edades. Porque dije:

«Tu misericordia es un edificio eterno,
más que el cielo has afianzado tu fidelidad.» R

«Sellé una alianza con mi elegido,
jurando a David, mi siervo:

"Te fundaré un linaje perpetuo,
edificaré tu trono para todas las edades."» R

Él me invocará: «Tú eres mi padre,
mi Dios, mi Roca salvadora.»

Le mantendré eternamente mi favor,
y mi alianza con él será estable. R

SEGUNDA LECTURA

En pocas líneas se hace un esbozo sugestivo del designio de la salvación, «mantenido en secreto durante siglos eternos», «revelado» de manera progresiva por los profetas, y «manifestado ahora» y «dado a conocer por decreto del Dios eterno para traer a todas las naciones a la obediencia de la fe».

El misterio, mantenido en secreto durante siglos, ahora se ha manifestado.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 16,25-27

Hermanos:

Al que puede fortaleceros según el Evangelio que yo proclamo, predicando a Cristo Jesús, revelación del misterio mantenido en secreto durante siglos eternos y manifestado ahora en los escritos proféticos, dado a conocer por decreto del Dios eterno, para traer a todas las naciones a la obediencia de la fe al Dios, único sabio, por Jesucristo, la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Palabra de Dios.

ALELUYA Lc 1,38

Aleluya, aleluya.

*Gloria a Cristo, Hijo del Altísimo,
concebido por obra del Espíritu Santo,
nacido de la Virgen María. Aleluya.*

Aleluya, aleluya.

Aquí está la esclava del Señor;
hágase en mí según tu palabra. Aleluya.

EVANGELIO

El relato de la experiencia inefable vivida por María, la «llena de gracia», expresa la fe de la Iglesia desde los tiempos apostólicos. La redacción está entretejida de reminiscencias bíblicas, mostrando cómo el nacimiento de Jesús da cumplimiento a los escritos de los profetas.

Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo.

+ Lectura del santo evangelio según san Lucas 1,26-38

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María.

El ángel, entrando en su presencia, dijo:

- «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú eres entre las mujeres.»

Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél.

El ángel le dijo:

- «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.»

Y María dijo al ángel:

- «¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?»

El ángel le contestó:

- «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios.

Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible.»

María contestó:

- «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.»

Y la dejó el ángel.

Palabra de Dios

Blog: <https://homiliaspagola.blogspot.com/>